

Durham Research Online

Deposited in DRO:

02 May 2018

Version of attached file:

Accepted Version

Peer-review status of attached file:

Peer-reviewed

Citation for published item:

Roberts, Nicholas (2018) 'Eugenio, desde el norte.', Palimpsesto : revista de creación. .

Further information on publisher's website:

<http://franciscojosecruz.blogspot.co.uk/search/label/PALIMPSESTO>

Publisher's copyright statement:

Additional information:

Use policy

The full-text may be used and/or reproduced, and given to third parties in any format or medium, without prior permission or charge, for personal research or study, educational, or not-for-profit purposes provided that:

- a full bibliographic reference is made to the original source
- a [link](#) is made to the metadata record in DRO
- the full-text is not changed in any way

The full-text must not be sold in any format or medium without the formal permission of the copyright holders.

Please consult the [full DRO policy](#) for further details.

Eugenio, desde el norte

Nicholas Roberts

Mi plan original, al empezar mi doctorado en el año 2001 en estas tierras más polares, era estudiar el papel que desempeñaba la ciudad en la obra de tres poetas venezolanos contemporáneos. La razón de esta escogencia era simple: ya para ese entonces había vivido los quince meses más acogedores, deslumbrantes e intoxicantes de mi todavía joven vida en Venezuela. Había sido una suerte de epifanía, la revelación de un segundo hogar al que, luego de veintiuna vueltas al sol, los caminos del destino por fin me habían llevado. Si sabía algo a tan temprana edad, era que quería dedicarme a la literatura de esa tierra a la que me sentía ya tan íntimamente entregado.

Uno de los tres poetas que había seleccionado para mi propuesta de tesis era un tal Eugenio Montejo. Fuera de alguno que otro poema que había encontrado en antologías generales, no conocía su poesía, mucho menos sus ensayos, y sus escritos heteronímicos ni figuraban en el horizonte de mis conocimientos literarios de aquellos tiempos. No. Lo elegí nada más por haber leído que era uno de los poetas venezolanos más importantes de los últimos cincuenta años, y porque revestía un contraste interesante con la poesía más urbana de grupos como *Tráfico* y *Guaire*. Propuesta aceptada, doctorado iniciado, y viendo delante mío varias pilas de poemarios de los tres poetas que había indicado en dicha propuesta, opté por comenzar con los del Sr. Montejo. Tres meses más tarde, el plan original había quedado abandonado, y yo me había abandonado enteramente al mundo literario de un autor que me tenía ya cautivo en la tela de sus poemas.

Estudiar la obra de Eugenio (todo el que tuvo la suerte de llegar a conocerlo tendría dificultad de no referirse a él de esta manera más familiar, tal era su calidez a nivel personal y humano) desde la periferia suscita sentimientos hasta cierto punto encontrados. Por un lado, trae la inmensa frustración de que su obra no se conozca más ampliamente, de que la gente – los colegas, los estudiantes, el público amante a la poesía en general – ignore hasta la existencia misma de las dádivas poéticas que emanan de las páginas por él escritas a lo largo de medio siglo. Por otro lado, le da a uno una sensación permanente de privilegio: nada calienta tanto en un gris invierno británico que anidar en la mente las azules palmas y humeante café de la poesía de Eugenio mientras los recios vientos tornan monosilábicos a los demás, que no cuentan con esa suerte. Sus poemas son nada más y nada menos que un guijarro secreto que uno sostiene en la mano, cerrada para jamás dejarlo caer. (¿Momento de mencionar que yo también amo a Islandia de lejos sin conocerla?)

Tal vez también por encontrarme en esta condición de ser forastero y al mismo tiempo amarrado a Venezuela tanto sentimental- como profesionalmente, su obra heteronímica siempre me ha hablado de manera particularmente personal y profunda. En las voces e historias sobre todo de Tomás Linden, Blas Coll, Sergio Sandoval, ¿cómo no ver un reflejo y una representación de ese proceso de toda la vida de entender la esencia de Venezuela, de sentirme parte de esa red de vetas culturales y lingüísticas que tanto le fascinó a Eugenio y que tanta importancia tenía para él? Estas figuras oblicuas hablan todas de un deseo y un intento por acercarse a Venezuela desde tierras y tradiciones lejanas, por aprender a mirar de manera distinta, de manera venezolana. Tal meta dista mucho, claro está, de lo se puede pretender lograr nada más con un acercamiento meramente físico. Y sin embargo, gracias a un viaje de semejante índole, mi segundo a

ese país de ultramar, pude conocer a nuestro querido Eugenio en persona. Fue allá en el 2002, en el marco de una conferencia literaria organizada por la Universidad Simón Bolívar en Caracas. Como siempre, la memoria termina reduciendo días y horas a ráfagas y momentos. Pero qué ráfagas, y qué momentos. Tres en particular se destacan ahora en mi mente. El primero fue un discurso de Eugenio en donde habló con esa soltura poética y ese tono hechizante tan suyos de lo que había sido, para él, su biblioteca fundacional: las filas de panes recién horneados que veía en la panadería de su padre todas las mañanas, los cuales constituían los primeros libros de su niñez, colocados con amor y cuidado en sus estantes. Yo había leído, por supuesto, los ensayos y poemas en donde Eugenio habla de esos recuerdos suyos, de esos panes, de esa nieve natal que lo formó como ser humano y, sobre todo, como poeta de alma enteramente entregada a su propia faena nocturna, laborando al lado de su lámpara. Pero escucharlo pronunciar esas palabras, darles otro toque, llenarlas de otros matices en donde todo se muda casi imperceptiblemente, fue una experiencia que siempre quedará grabada en mi mente. El segundo momento fue una bosta. Más precisamente – y aquí me explico – la alegría y risa que, pese a su más determinado esfuerzo por mantener la compostura, brotaban incontenibles de la cara de Eugenio mientras escuchaba al gran escritor y amigo Adriano González de León – a quien también se le notaba cierta ‘alegría’ ese día – contar de manera sumamente propia una historia de béisbol que terminó con la singular imagen de una pelota, lanzada hacia arriba por algún bateador robusto, que fue a aterrizar en una descomunal bosta que por casualidad se encontraba en la cancha improvisada del juego en cuestión. Si Eugenio tenía un talento sublime para seducir y conmover con sus palabras, también tenía tremenda capacidad para apreciar el humor en todas sus manifestaciones. Altivo no era en absoluto. Lo cual me lleva al tercer momento: el momento en que lo conocí; el momento en que tuve el honor y placer de conocerlo y conversar con él. Nerviosismo, intimidación, miedo: sensaciones todas que acosan a uno al acercarse el instante en que se va a encontrar cara a cara con una figura verdaderamente grande, que sea del campo literario, deportivo, o musical; sensaciones todas que se disolvieron en el instante mismo en que Eugenio sonrió, me estrechó la mano, y que ‘mucho gusto’. No es nada nuevo que alguien emplee la palabra humilde para hablar de Eugenio. Y con razón. Cuando me le acerqué, tenía un solo pensamiento dando vueltas en la cabeza: qué gran poeta; cuando me despedí de él, se le había juntado otro: qué gran ser humano.

Y ahora aquí estamos. A diez años de su partida. Apenas parece posible que haya transcurrido tanto tiempo desde que se nos fue; esos años han pasado en menos de un parpadeo. Mi relación con su poesía, sus ensayos, y otros fragmentos difíciles de categorizar (así uno quisiera hacerlo) hasta cierto punto ha cambiado. Sigo haciendo todo lo posible por revelarles así sea una mínima parte de los encantos y maravillas que nacen los poemas de Eugenio a los estudiantes que vienen a estudiar a estos lares septentrionales. Sigo reviviendo versos y líneas suyos al conseguirme en algún playón solitario, al ver mi mirada desviada hacia el Cementerio de Vaugirard en un antiguo mapa de París, al contemplar a través de viejas ventanas la nieve que acá cae y sin embargo a veces no se acumula. Pero la tierra gira; las cosas se transforman; la vida sucede. Tal vez ahora más que nunca aprecio y me afecta el lamento doloroso del paso del tiempo que atraviesa tantos de los poemas de Eugenio. ¿Cómo no iba a ser así, si con la edad se ganan y se pierden cada vez más soles, montañas, y suspiros? Como él, ahora sé mejor reconocer y sentir la tormentosa y aterradora felicidad de reencontrar mi infancia en los ojos y el sueño de mis hijos. Como él, ahora percibo con más nitidez en la mía las voces de mis padres y de todas las almas que me precedieron. Pero al

cumplirse estos diez años, cómo no sentir también la pérdida de Venezuela, el país más verde de la poesía de Eugenio, el país que me robó el aliento hace más de dos décadas para devolvérmelo con su aroma y su luz inscritos para siempre en sus átomos. Venezuela, el pasado, el tiempo, Eugenio. Tantas esencias que se nos han ido; que se me han ido.

Y sin embargo. Quedan sus versos. Versos que siempre intentaban restituir lo perecedero y lo esfumado. Versos que formaban un espacio y un tiempo aparte, inmunes a la aceleración sin tregua de las horas. Y ahora versos que no sólo guardan y protegen esa fé en la vida, esa terredad esencial que nos define y al mismo tiempo nos excede, ese relámpago que no cesa de aparecer e iluminar las noches del mundo y del ser. Ahora sus versos también abrigan y sustentan a la Venezuela que se nos fue, a la Venezuela que conocí hace más de veinte años y que late dentro de mí, y a Eugenio Montejo, al querido Eugenio con quién compartí un café esa tarde en el 2002 mientras recordábamos entre risas disimuladas la hedionda bosta que nos acababa de obsequiar Adriano González de León. A diez años de su muerte, Eugenio y todo lo que representaba y representa para mí sigue ahí en las palabras que nos dejó, en esas llamas poéticas cuyo azul esquivo de palmas, de enero, de sol, del Ávila, y de la tierra alumbrará y me acompañará para siempre al lado de mi vida.

Nicholas Roberts se desempeña como Profesor Asociado en la Universidad de Durham, Inglaterra desde el 2007. Antes de realizar sus estudios doctorales en la Universidad de Londres, al lado del Tamesis, había hecho su carrera de pregrado y su maestría en la Universidad de Cambridge. También pasó períodos extendidos trabajando y estudiando en la Universidad Central de Venezuela y la Universidad Simón Bolívar, Venezuela. Ha dedicado numerosos artículos y un volumen, *Poetry and Loss*, a la obra de Eugenio Montejo, además de estudiar diversos aspectos de la narrativa de Julio Cortázar, en particular la presencia de la música en la misma, y está por terminar de redactar un tomo sobre este tema.